

Humberto Giannini  
Departamento de Filosofía  
Universidad de Chile

## LEGO UT INTELLIGAM

A propósito del tradicionalismo con que he querido caracterizar el pensamiento del profesor Joaquín Barceló<sup>1</sup>, creo conveniente hacer por mi parte algunas consideraciones suplementarias, con una proposición final que me parece constructiva. Sólo por eso vuelvo al asunto; y muy sucintamente.

Antes que nada; veo un problema metodológico que no sé cómo podría resolverse: el Prof. Barceló protesta, hasta cierto punto con razón, puesto que se considera con el mejor derecho para definir su propio tradicionalismo. Estimo, por el contrario, que por lo que tiene de comunitario el lenguaje y por lo sorpresivo de las conclusiones legítimas que de él pueden sacarse, fatalmente, quien escribe está expuesto al juicio ajeno y a ser, hasta cierto punto, último juez de sus palabras. No, por cierto, de sus intenciones.

Por eso, fue bueno que Joaquín Barceló revisara su declaración anterior<sup>2</sup>, a raíz de las implicaciones, imprecisiones y ambigüedades 'que impone una entrevista de prensa'<sup>3</sup>; fue bueno para despejar en parte la desazón que habían causado, sobre todo en una época y en un ambiente no muy propicios, a la filosofía<sup>4</sup>; y más aún, proveniendo tales juicios de quien provenían: de un distinguido catedrático, Director por lo demás

<sup>1</sup> Humberto Giannini, *Experiencia y Filosofía*, Revista de Filosofía, vol. XVI, n.ºs. 1-2, 1978.

<sup>2</sup> Declaraciones aparecidas en El Mercurio de Stgo. en Oct. de 1977.

<sup>3</sup> Joaquín Barceló, *Tradicionalismo y Filosofía*, Rev. de Filos. vol. XVII, n.º 1, 1979, pág. 7.

<sup>4</sup> No sólo me refiero a las continuas reducciones del plantel de profesores, al desmembramiento en curso de la Facultad de Filosofía y Letras, a las dificultades casi insuperables para publicar, a la casi segura opcionalidad de la Filosofía en los liceos, etc. Además, hay una dirección teórica y un tono que se

encuentran, por ejemplo, en columnistas de El Mercurio, como Alvaro Bardón, o en colaboradores del mismo diario, como el economista Erk von Kuchnelt Leddhin. En su tétrica concepción de la vida y del trabajo este último autor llega a decir cosas como éstas (que el mismo El Mercurio considera algo exageradas): '... Pero, cualesquiera que sean las razones, los territorios católicos generalmente han preferido 'la dulce vida', ocupándose de asuntos artísticos o intelectuales, mientras que las sensatas y disciplinadas naciones de la Reforma han sido más realistas...' El Mercurio, 19 de julio, 1980.

del Departamento de Filosofía de la Universidad de Chile<sup>5</sup>, Presidente de la Sociedad Chilena de Filosofía y co-Director de esta Revista en la que ahora estamos debatiendo nuestras posiciones; en fin, proveniente de un hombre que, como hubiese dicho Pascal, 'está embarcado' en el asunto.

Disipada la impresión de desdén con que parecía mirar las perspectivas de investigación en América Latina, queda la interrogante no desdeñable de saber si mi colega contesta o no las dudas que motivaron mi artículo anterior.

Ahora en mi opinión: si las contesta en su artículo 'Tradicionalismo y Filosofía', debo confesar que su respuesta resulta bastante compleja e indirecta. En verdad, su artículo, estimable en muchos respectos, en el punto clave que nos preocupa requiere de una verdadera hermenéutica. Y para enfrentarla me parece importante que nos detengamos un poco en lo que llama 'tradicionalismo bien entendido'.

Sobre las condiciones mínimas de un tradicionalismo bien entendido o 'saludable', como también lo denomina, no me imagino que haya grandes objeciones que hacer. Incluso, creo que cabrían también otras exigencias. Sin embargo, tengo la impresión —y sólo la impresión— de que si tuviésemos que acudir juntos a defender en alguna trinchera aquella 'tradicición' de que estamos hablando, y si tuviésemos algún tiempo para fumarnos un cigarrillo y conversar previamente sobre lo que cada cual ha venido a defender, creo que, defraudados, cada cual correría de regreso a su hogar, con cualquier excusa. Porque, por mi parte, no arriesgaría —no digo, la vida— ni siquiera una tarde de descanso hogareño por ir a defender la existencia eternamente aporética que según Barceló lleva la filosofía, ni su historicismo radical. Todo esto es demasiado escéptico, demasiado estético, un mero sustituto del ajedrez. Yo estoy aquí, en esto que se llama 'filosofía', porque quiero comprender ciertas cosas que inquietan mi vida, y porque creo honradamente que es posible llegar a comprenderlas o, por último, porque creo que es posible adueñarse de la comprensión que a veces maravillosa, 'piadosamente', para usar seriamente la ironía de Barceló, se nos da en la vida<sup>6</sup>. Adueñarse de tal comprensión, profundizar en ella, y, si es posible, ampliar su círculo de eficacia.

Pero, volvemos al tradicionalismo bien entendido del Prof. Barceló.

Es indudable, como él mismo lo demuestra, que no llega a la 'inconmovible conclusión de que todas las cosas están hechas de agua'<sup>7</sup>. No llega

<sup>5</sup> Me refiero a las actividades que el Prof. Barceló tenía en 1977, fecha de la entrevista periodística.

<sup>6</sup> Art. cit. pág. 10.

<sup>7</sup> Art. cit. pág. 10.

a eso, pero sí, yo diría, a algo no tan lejanamente familiar: a que todas las respuestas filosóficas *vienen a parar a lo mismo*: a un camino cortado, a una aporía. Cito y subrayo: '*Donde lo importante no es la solución que pueda proponerse a un problema . . . , sino las nuevas interrogantes y dificultades que surgen del esfuerzo por responder a las preguntas*'<sup>8</sup>.

Dejemos un momento esto de las aporías. El tradicionalismo a que me refería en mi artículo anterior corresponde concretamente a un modo de enjuiciar las relaciones culturales entre Europa y América. Y sostenía (cosa de la que no me arrepiento) que quien niega la *posibilidad* de expresar la realidad (cósmica, humana . . .) desde este lado del mundo, de expresarla *con una perspectiva complementaria y válida universalmente*, sólo puede realizar esta negación porque estima insuperables las dificultades históricas (Hegel, Grassi), lingüísticas o raciales (Heidegger, Siewerth) para que otros empleen el espíritu en algo semejante a lo que hicieron los griegos o hacen desde tres siglos los alemanes. Esto es lo que había apodado 'tradicionalismo', y me preguntaba, con los antecedentes periodísticos que tenía a la mano, si Barceló no coincidiría en mucho con aquellas posiciones.

El problema es que en un primer momento no pudimos coger el pensamiento de nuestro colega debido a la rotundidad a que lo obligaba la prisa periodística. Entonces se nos escaparon los matices y las flexiones inevitables en estas materias. Pero, en su artículo aclaratorio, 'Tradicición y Experiencia', se nos vuelve a escapar su respuesta, esta vez, francamente, por un exceso de afán compensatorio, ¿Prudencia? ¿Voluntad aporética?

Esto se hace patente en el punteo conclusivo del artículo. Veámoslo<sup>9</sup>:

—En la respuesta a), ciertamente, no responde a nuestras dudas. Se limita a reiterar lo expresado a El Mercurio, y que motivó nuestra reacción.

—En la respuesta b) se aclara en qué sentido habría que hablar de 'originalidad' en filosofía. Concedámoslo. Pero, tampoco se dice aquí si esto es o no es factible en el pensamiento latinoamericano.

—En la respuesta c), después de representarnos honradamente sus vacilaciones sobre este punto, casi en sordina, y amortiguando las palabras con eufemismos y condicionantes, nos habla de '*haber vislumbrado* la noción de que *acaso* la función del pensamiento filosófico *podría ser absorbida* en América Latina por otros quehaceres, como por ejemplo, la poesía, la novelística. . .'<sup>10</sup>.

<sup>8</sup> Art. cit. pág. 17.

<sup>9</sup> Art. cit. págs. 17-18.

<sup>10</sup> Art. cit. pág. 16.

Todo esto significaría en buen romance negar la posibilidad en cuestión. Sin embargo, en aquella misma respuesta y casi como tarea de consuelo, se reserva para la filosofía americana 'un papel importante en la elaboración y uso de conceptos que permitan esclarecer el peculiar modo de ser del hombre americano en su propio mundo'<sup>11</sup>.

Y el modo de ser del hombre, ¿no? ¿Y por qué no?

Tal vez encontremos la respuesta en d), último punto: 'Sólo revelaría un complejo de inferioridad nuestro la pretensión de que un pueblo no adquiera una individualidad mientras no filosofe a la manera de Platón, de Descartes o Hegel...'<sup>12</sup>. Arriesguémonos a cargar también con esta acusación, e insistamos: ¿Por qué no podemos al menos vislumbrar la posibilidad de que en algún momento la filosofía se exprese plenamente *también* en algún lugar de América? ¿Por qué no cabe que un hombre, o un grupo de hombres o una escuela lleguen a hacer algo distinto al hecho de contar la historia del pensamiento europeo; a hacer de América Latina no sólo un objeto de filosofar —como concede Barceló— sino, además de eso, un sujeto filosofante? ¿Por qué esta aspiración tendría que ser necesariamente un complejo?

Se nos ha acabado el punteo y las preguntas subsisten.

Pienso sinceramente que el tradicionalismo bien entendido que el Prof. Barceló expone esta vez, representa un compromiso malogrado que deja ver, en el fondo, la raíz que intenté indicar en mi artículo anterior. Y digo esto por las siguientes razones:

a) Porque cierra a la filosofía toda salida en el tiempo, porque la reduce a métodos y estilos que devuelven el pensamiento al fracaso original... y originante (No quisiera negar rotundamente, sin embargo, que mirada *ab specie aeternitatis*, la filosofía sea eterno reencuentro con la aporía. Lo que no puedo conceder, y justamente a este aspecto me refiero cuando hablo de 'tradicionalismo estetizante', es que no importen las soluciones. Es lo único que importa y es por lo que se juega una vida cuando 'hace' filosofía. Lo que importa es que el filósofo hace filosofía 'y' vive. Es en esta conjunción que deberían resolverse las aporías que reencontramos en una 'Historia de la Filosofía'. Pero, esto da para largo).

b) Porque cierra a la filosofía la posibilidad *de expansión real en el espacio histórico-cultural*. Y este segundo punto, el más concreto, fue el que motivó mi primera intervención.

<sup>11</sup> Art. cit, pág. 16.

<sup>12</sup> Art. cit, pág. 18.

En resumen: 'hacer filosofía' en América Latina, que es la posibilidad que he defendido, significa para mí poder mostrar desde este lado del mundo y de la historia, una perspectiva válida y universal de las cosas, sin que esto nos obligue a convertir nuestra perspectiva y nuestra historia en una suerte de 'ámbito regional' de investigación<sup>13</sup>. ¡'Aquí también hay dioses'!

El profesor Carlos Miranda coincide conmigo en cuanto a esta posibilidad, puesto que nos insta a que 'nos decidamos valiente, audazmente, a hacer filosofía'<sup>14</sup>. Me alegro de esta coincidencia.

Convengo con él —y radicalmente— en que 'hay que enfrentar los problemas', en el entendido que esto signifique no desviar la mirada de las cosas mismas, de sus conflictos, de sus contradicciones. Creo que en esta labor teórica la filosofía ha de ser un estímulo continuo a la acción inteligente que transforma la vida individual, social y universal.

Ya en alguna oportunidad había sostenido que la característica teórica del filósofo consiste en algo que había llamado 'conciencia hospitalaria'. El tiempo presente, el tiempo de la contemplación, el tiempo del filósofo consiste en acoger la presencia de todo lo que viene a su encuentro. Es presente ético, y religioso también. El filósofo es la contrafigura del hombre preocupado, en *competencia* con los otros de hacer rendir las cosas. Su oficio es el de mostrar, y producir la *compatencia* del Ser<sup>15</sup>. Pastor o centinela, cada cual 'en su lugar natural', debe encender su propia fogata a fin de iluminar su contorno (sus circunstancias diría Ortega) y no perder de vista las estrellas, ni las señales de otros mortales que hacen algo semejante.

Con esta analogía o mejor, con esta exigencia de la doble (o triple) luminosidad quiero expresar esto: que más que construcción y sistema, la filosofía debe ser el órgano de un ver profundo, un medio de hacerse de la realidad a fin de habitar en ella. Si tal es el sentido de 'enfrentar los problemas', estamos plenamente de acuerdo. Y, entonces, estaremos de acuerdo también, me parece, en que el universo de la lectura está al ser-

<sup>13</sup> Ha aparecido recientemente en la Revista 'Cuadernos Hispanoamericanos' —nº 3, 355, enero 1980— un documentado artículo de Carlos A. Ossandón B: '¿Qué entender por filosofía americana?' en el que se exponen las diversas posiciones respecto de los posibles significados de Filosofía *sobre* América y Filosofía *de* América.

<sup>14</sup> Carlos Miranda, 'La experiencia y la Filosofía en América Latina', Rev. de Filos. Vol. XVII, nº 1, 1979, págs. 19-24.

<sup>15</sup> Compatencia significa llevar a una experiencia común o, mejor, a un acuerdo fundado en una experiencia común.

vicio de la lectura del universo: *Lego ut intelligam*. Y que esta relación por más matizada que sea, es irreversible. Creo que el tradicionalismo, mal entendido, a veces olvida esta verdad de Pero Grullo.

Por último, aprovechando este 'triálogo' quisiera reiterar —ahora públicamente— una proposición que ya he hecho en muchas oportunidades:

En nuestra situación presente, con los medios y los límites del momento, es conveniente que abramos la *Revista de Filosofía* —enclaustrada, monotemática, abstrusa— a todo discurso serio que hable de 'la realidad' para mostrarla en algún aspecto desconocido u olvidado. Es conveniente que la abramos a los historiadores, a los sociólogos, a los investigadores del folclore, a los críticos de arte, de literatura, que quieren converger en un punto más allá del campo limitado de sus respectivas especialidades. Hagámosla vivir entre los problemas que debiera enfrentar. Tal vez éste sea un buen inicio.